

PRÓLOGO

Me senté en aquel poyete. No podía creerme lo que acababa de pasarme. Media vida se había quedado en el hospital Carlos III. La espalda se me partía de dolor, y unas profundas ojeras enfoscaban una tez pálida. El exceso de esfuerzo y el estrés continuado, minó mi salud hasta el punto de arrastrar secuelas crónicas y dolorosas.

Ahora debía enfrentarme a los medios de comunicación y confesarles mi cese como portavoz. Tragué saliva y respiré profundo. Continué meditando la forma más digna de salir airosa. ¿Cómo explicaba yo esta expulsión absurda? No había motivo, sólo unas declaraciones inocentes, defendiendo a Tania Rivero. Cada vez tenía más claro que era una encerrona para dejar el camino despejado a los depredadores.

Lo que más dolía de todo aquello, fue la decepción y la traición de mis amigos. Diez años de amistad tirados por las alcantarillas de la ambición y el poder mediático de unos necios, que se creyeron dioses. Pobres ilusos, sin saberlo, estaban tirando su futuro por la borda. Tania Rivero afortunadamente salvó su vida, paradójicamente, eso no la hizo ser mejor persona. Arremetió contra el mundo, como si el mundo no importara, a excepción de la ínfima molécula que suponía ella misma en él.

Quise tomarme unos segundos de reflexión, y comencé a escribir mi carta de despedida en una de las salas de espera. No quería precipitarme, quise ordenar mis pensamientos antes de enfrentarme al exterior. Salí lenta, por primera vez temí desmoronarme. En cuanto la prensa me divisó, corrió, como siempre, donde me hallaba. Con un nudo en la garganta, expliqué mi cese, sin entender muy bien todavía el porqué. Terminé llorando y mi emoción embargó a los allí presentes. Fuera de micros y cámaras, mis amigos los reporteros, me abrazaron.

Encontré un calor humano, que en cierta medida, compensó el destrozo emocional de los traidores.

Una vez vivida esta experiencia, sentí la necesidad de compartirla. Quiero contar lo que allí ocurrió de verdad. Hasta ahora sólo se ha sabido una verdad sesgada y contaminada de intereses. Todo lo que escribo está inspirado en hechos reales. Necesito transmitir mi sufrimiento, recobrar mi entidad en esta historia que tantos quebraderos de cabeza supuso para mi familia y para mí. Albergó la esperanza, de que alguna vez, se reconozca mi labor pública. El mundo compartió conmigo, lo que aconteció en ese hospital, ya mítico por la trascendencia del ébola.

Aguantar a Jaime Lidón, (marido de la enferma) fue deleznable, horrible. Sacarle información suponía un esfuerzo titánico, si antes no intercedía una copiosa cantidad de dinero. Mientras tanto los medios me devoraban, y algunos de ellos especulaban con mis buenas intenciones. Me hicieron sufrir tanto unos y otros que he necesitado terapia para poder superarlo. Cada vez que tenía que volver a aquella habitación, mi estómago se revolvió.

Malicioso, desconfiado y pueril, son algunos de los adjetivos que definen la personalidad de esta deidad menor. No es venganza, sino de ley, que se sepa cuánto dolor ocasionó el ébola en mi vida y en mi familia. Hoy reconozco públicamente, que fui relevada de mi misión hasta entonces, por negarme a mercadear con esta penosa y desconocida enfermedad. Mi asombro crecía al contemplar como al final daba igual si vivía o moría, el caso era facturar. Llegué a la conclusión de que Tania Rivero, valía más muerta que viva. ¿Cómo era posible que se negociaran exclusivas antes de salir del peligro eminente de fallecimiento?

Por eso, hoy, cuento lo que solo yo viví en tercera persona. Desde el corazón revelo lo inédito y escabroso de la verdadera e increíble historia del ébola en España.

Capítulo 1

El despertar de la bestia

Es un día especial. La cocina tiene olor a azahar y las gotas de agua, que tintinean en el acero inoxidable, son rocíos que mojan mis sentidos. Y esa lechuga, verde, frondosa, asemeja al árbol que da sombra al jardín de mi hogar. Todo porque ellos estarán aquí.

Estoy contenta, nerviosa... Mis hijos pasarán el fin de semana conmigo. Ainhoa es discapacitada, la menor de mi prole, con veintiséis años, me tiene loquita, Es simpática, buena y cariñosa. David tiene veintiocho años de edad, es gruñón, muy inteligente y cabezota como él solo. ¡Me da cada susto! ¡Se ha metido en cada una! Lo último que ha hecho ha sido convertirse al islam, porque su novia es musulmana. Menos mal que no es bombera, si no sería cortafuegos.

Llaman a la puerta. ¡Por fin son ellos! Lo primero que veo es la sonrisa de Ainhoa. Parece mentira, fue lo primero que asomó al nacer. Ella porta una cestita de mimbre que ha hecho para mí, y mi hijo la mira embelesado. Jamás vi tanto amor entre dos hermanos, se entienden a la perfección. Mi hija alarga orgullosa su brazo y me da mi trofeo. No tardo en poner unas bonitas rosas secas, parte de nuestro jardín inventado. Me doy la vuelta, la abrazo sabiendo que ella lo espera como el que respira después de perder el oxígeno durante unos segundos. Es nuestro momento después de estar casi una semana sin vernos. Se enreda en mi cuello, esa es la bufanda de amor que calienta mi alma. David viendo la escena se agarra por detrás a mi cintura, y con un beso sonoro en mi cogote, remata la faena. ¡Ay!, sus besos son notas que hacen bailar mi ánimo.

—¡Quitaos, moscas! —repliqué—, aunque secándome mis pestañas, húmedas de la emoción. Se resisten, pero los disuado advirtiéndoles de que se quemaría la tortilla y comerían, en vez de eso, unas patatas cabreadas.

—¡Venga! ¡A poner los platos!

Mientras daba la vuelta a la tortilla y mis hijos la atrapaban con la mirada, sus pupilas eran dos grandes cazamariposas.

Se sentaron cada uno en un extremo de la mesa, puse la ensaladera, y por un segundo, vi dos ovejas rumiando al aire.

Coloqué la tortilla y las croquetas encima del tablero, y por fin pude sentarme. ¡Uf!, no me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que me senté.

—Hummm... ¡Esto huele que alimenta! —dijo David.

Y en un acto reflejo sus dedos asieron la deseada croqueta, pero yo fui más rápida que sus deseos y le di una colleja en la mano, saltando, la muy cuca, para liberarse de tan hambriento amo. La seguimos con la mirada, aterrizando en la ensalada cual cohete en la luna.

—¡Jolín mamá! —protestó David—, ¡ni aposta me das miedo, esto es un *poltergeist*!

Y entre bromas mi hijo le dijo a Ainhoa:

—Ainhoa, agárrate a la silla que mamá no tarda en mandarnos unos rayos visuales y nos manda a la lámpara; que últimamente está muy rara. ¡La ha poseído algo!

—¡Serás cabrito! —le contestó entre risas.

Y rompimos en carcajadas los tres.

Los cubiertos empezaron a sonar, el agua manaba de la jarra a los vasos y a lo lejos la televisión sonaba bajito. Ainhoa aprovechaba sigilosa nuestro esmero comiendo, movía una manita hacia la sal —tiene retención de líquidos, como su madre— y disimulando decía, sin dejar de hacer lo que hacía, para despistar...

—Mami, creo que hoy lloverá.

—¡Si hija? ¡Y qué más crees?

Ainhoa seguía echándose sal.

—Pues que está muy buena la comida.

Y seguía echándose sal.

—¿Sabes lo que creo yo, Ainhoa?

—¡Qué mami?

—Que no creo que puedas encontrar la comida debajo de esa montaña de sal.

—¡Qué exagerada eres mami!

—¿Exagerada? Si sólo con mirarte me lloran los ojos, si te voy a dar un beso y me arde la lengua, y si prendo una cerilla a tu lado pareces un ninot de las fallas de Valencia con un montón de tracas alrededor. ¡Exagerada dice!

David escondía su cara entre las manos, muerto de la risa, y Ainhoa miraba al vacío como si no fuera con ella.

Estábamos terminando de comer cuando oímos en las noticias que la auxiliar de enfermería infectada por ébola ha llegado a la una menos veinte de la mañana al hospital Carlos III de Madrid. Es el mismo lugar donde trabajó cuidando a los dos misioneros españoles evacuados de África. Tania, que así se llama, es la primera persona infectada por el virus fuera de África.

Cuando el presentador dijo que la auxiliar se llamaba Tania, empecé a sentirme nerviosa. ¡Qué casualidad! Allí se encontraba trabajando mi amiga, Tania Rivero, pero aun así, la descarté. Me negaba a relacionarla instintivamente.

Continué oyendo en las noticias, la intervención de Ana Mato, Ministra de Sanidad, según la cual, se había identificado un caso secundario de contagio de enfermedad por el virus ébola, de un paciente en nuestro país.

A su vez, la intervención de Antonio Alemany, Director General de Atención Primaria de la Comunidad de Madrid, expuso que la paciente cogió vacaciones al día siguiente del día en que falleció el paciente Manuel García Viejo.

La información textual, según fue difundida en los medios de comunicación social, señaló que: «Su estado de salud es estable, aunque tiene fiebre. Por eso ahora se está llevando a cabo una vigilancia epidemiológica a varias personas: su marido, los dos efectivos del Samur que la trasladaron, el médico del hospital de Alcorcón que la atendió y a treinta miembros del personal sanitario del Carlos III que también atendieron a los misioneros infectados.»

Me levanté, como si quisiera huir de aquella noticia, y agarré la jarra de agua para verter el contenido en mi vaso, la garganta empezaba a

secarse. Mi cuerpo podía ya intuir un mal presagio, aunque mi mente lo negara.

David agarró mi mano y yo la retiré. Mis nervios empezaban a florecer. Mis hijos sabían que algo pasaba, me conocían bien.

Cuando de repente se emitió el vídeo de Jaime, marido de Tania, pidiendo que no sacrificaran a su mascota Scooby. Explicó literalmente: «Me han dicho que tienen que sacrificar a mi perro, así, sin más. Me piden mi consentimiento, a lo cual me he negado rotundamente. Dicen que entonces pedirán una orden judicial para entrar por la fuerza en mi casa y sacrificarle.»

La jarra se soltó de mi mano regando toda la estancia de cristales y agua. Sentí vértigos y tuve que apoyarme en el respaldo de la silla. Les pedí a mis hijos que me dejaran sola y me fui al salón.

Me dejé caer en el sofá, la sangre no me corría por las venas. ¡No podía ser! ¡No podía ser! Quedándome inmóvil, mirando al vacío, buscando una explicación a lo que había visto y oído. Solo conseguí que las paredes vinieran hacia mí y una desazón alterara mi razón. Mis labios, áridos, dejaban escapar su nombre sorprendidos de todo aquello.

Tania se debatía entre la vida y la muerte y me preguntaba, ¿qué podía hacer yo? Solo se me ocurría darle apoyo en estos difíciles y delicados momentos, pero no era capaz de tomar una decisión, ni de dar forma a la ayuda que podía ofrecerle. Estaba bloqueada.

Decidí esperar al día siguiente, pues sabía que el descanso y el nuevo día darían las respuestas a mis preguntas, pero no dejaba de pensar en ellos. Eran mis amigos, no podía fallarles, mi corazón no me lo permite y mi alma menos, pero necesitaba fuerzas para ese duro trance. Fuerzas e inspiración.

Me preguntaba si Tania saldría y, si lo hacía, de qué manera. Me planteaba que si a Jaime le faltara Tania, cómo lo llevaría, y me preguntaba también por el propio miedo que Jaime tendría al contagio.

Sacudí la cabeza, intentando que se colocaran los pensamientos, pero fue inútil. Todo se mezclaba en mi interior, incluidos los diez años atrás, cuando los conocí. Eran dos jóvenes llenos de vida y proyectos.

Primero conocí a Jaime. Por entonces tenía tiendas y ofrecía diferentes servicios, entre otros tarot y ayuda personal. Tenía problemas en su trabajo y necesitaba un buen consejo. A raíz de ahí me presentó a

su mujer y nos hicimos grandes amigos. Compartimos horas, charlas y amistades. Me convertí en su consejera y amiga.

¡Quién me iba a decir que, años más tarde, sería su único referente con el mundo exterior, y durante quince días los pies y las manos de Jaime! Él y yo, entre cuatro paredes... Un mundo de dos, mientras Tania luchaba por su vida.

Decidí irme a descansar y que el alba me trajera la nueva y supiera como encauzar esto. Lo que tenía claro es que me necesitaban más que nunca.

Desperté con el nuevo día, aunque tenía la sensación de que a pesar de la claridad la noche seguía y la oscuridad también. ¡Uff! La cabeza me dolía. Encendí la radio..., y de nuevo las noticias, y mientras me servía un poco de café, una desagradable novedad saltaba en el eco de mi *cabeza*, habían sacrificado a Scooby.

—¡No, por favor, no! ¡Cómo estará Jaime!

Sabía lo que su mascota significaba para ellos, de hecho al poco de conocerlos Scooby se perdió y me pidieron ayuda para encontrarlo, colaboré en lo que pude y apareció al mes, eso sí, mordido por otros canes, muy malito y famélico.

Decidí llamarlos, pero los teléfonos de ambos estaban incomunicados. Dudé de si estaría marcándolos mal, porque había extraviado el móvil donde guardaba la agenda, así que opté por mandarles un email que decía textualmente:

Querido amigo, no tengo vuestro teléfono, perdí la agenda. Si quieres hablar conmigo llámame o pásame tu teléfono... No paro de pensar en vosotros, en la delicada situación en la que estáis... Y pidiendo a Dios y a mis guardianes por vuestra salud, tanto psíquica como física, por este horror que estáis pasando. Un beso. Os quiero.

A los diez minutos me llamó.

—Diga..., oiga..., dígame...

Nadie contestaba, pero podía sentirle.

—Jaime... ¿Eres tú?

Su garganta estaba ahogada y su respiración agitada.

—¿Cariño, eres tú? —le insistí—. Tranquilo, estoy contigo.

Y desde el otro lado del auricular pude oír, como un susurro en el aire, la voz de Jaime.

—¡Ayúdame, ayúdame! —dijo Jaime rompiendo a llorar.

Dejó que se desahogara, mientras me hablaba con voz entrecortada por las lágrimas, diciéndome que su mujer se moría y que a Scooby lo habían sacrificado.

Cuando dejó de llorar empezamos a dialogar ya un poco desde la tranquilidad.

—Teresa, mi mujer se muere, está muy grave.

—Es joven y fuerte, sobrevivirá, cariño, ella es una luchadora.

—Tú no te haces idea cómo está, Teresa, tiene unos dolores horribles.

—¡Reacciona, tu mujer no está muerta! ¡No hables como si lo estuviera! Mañana mismo voy a verte.

—Te necesito. Solo quiero que vengas tú. A mi familia se le ha hecho grande esto. Están en shock y creo que tienen miedo al contagio.

—Mañana estaré ahí.

Yo también tenía miedo al contagio, pero no podía decírselo. Estaba solo y toda la responsabilidad caía en mí. ¿Qué podía hacer?, era mi amigo.

Había colgado ese teléfono con la sensación de que me iba a meter en un terreno pantanoso, en donde, en el mejor de los casos, saldría salpicada por las contrariedades. Era una enfermedad desconocida para Europa, y nosotros, gente anónima, seríamos tentáculos de ella, convirtiéndonos en pelotas de pingpong, entre la administración, la ignorancia y el desconocimiento de esta.

Seguía mirando aquel teléfono, sabiendo que aquella llamada era un antes y un después en mi cotidiana vida, y que debía decidir qué era lo mejor. Yo tenía una familia y ellos no debían ser la diana de mis decisiones. Nos enfrentábamos a un nuevo reto y solo los dioses sabían su final.

¿Debía exponerme a una pandemia por mi altruismo y generosidad? ¿Debía exponer a mi familia al calvario del miedo al contagio? ¿Debía abandonar a mis amigos por tal miedo? ¿Dios mío! ¿Qué debo hacer?

Me tapé los ojos, sabía que la respuesta no estaba en el exterior, estaba dentro de mí. Las yemas de mis dedos resbalaban por mi cara, descansaron en mis labios y con un suspiro me bebí el aire intentando oxigenar mis ideas.

La meditación ha sido una constante en mí, así que ahora más que nunca debía practicarla, siempre me había sacado de los peores momentos. Ya siendo niña, tomaba firmes decisiones mientras mis amigos se entretenían con los juegos infantiles de la época. Recuerdo una vez, mientras jugábamos al escondite, dentro de aquel baúl urdí de qué manera podía conseguir unas perrillas para hacerle un regalo a mi madre por su cumpleaños.

Así que, desde mi tierna infancia, apuntaba maneras escribiendo, ya empecé a versar poemas infantiles, con mucho arte pero haciendo gracia a la gente, porque apenas levantaba dos palmos del suelo, y este hecho, con mi natural desparpajo, provocaba las delicias del que me escuchaba. Así gané mi primer dinerillo.

Por lo tanto, hoy debía ser como aquella niña que despertaba a un mundo diferente, saliendo de nuevo de ese baúl y enfrentándome a un nuevo reto. El reto de lo justo y lo bien hecho, a pesar de los riesgos.

No sabía hacia qué nuevo reto me dirigía, nadie lo sabía, pero tenía claro que yo era diferente al resto, alguien tenía que serlo. El mundo se hubiera parado. Sin riesgo, no existirían los principios, ni el progreso, ni siquiera la vida, si no hubiéramos tomado decisiones controvertidas, la vida no tendría sentido, la ciencia se hubiera parado y nosotros con ella.

¿Y dónde estaban los valores? ¿Y dónde lo humano? Entre tanta corrupción y ambición. ¿Qué había sido de la lealtad? ¿Por qué todo debía moverse en el egoísmo y el sálvese quien pueda? Eran mis amigos, no los iba a abandonar y, por supuesto, encontraría la mejor manera de ayudarles, corriendo los menores riesgos posibles y extremando las precauciones, siempre aconsejada por los profesionales de la sanidad, aunque sabía que ni ellos lo tendrían del todo claro.

Ahora debía enfrentar esta situación de cara a mis hijos y tranquilizarlos, explicándoles por qué lo hacía. Así que me armé de valor, y busqué el mejor y más relajado momento para empezar mi diálogo con ellos.

Era domingo por la mañana, como cada festivo, traía a mi familia unos suculentos churritos. Entré en la habitación de Ainhoa, subí la persiana, ella se tapó los ojos y con una sonrisa me dijo:

—Buenos días, mami.

Mis labios buscaron instintivamente sus mofletes y la sembré de besos. Me desplacé a la habitación de David. Desde niño su dormir era un desastre, parecía que había pasado un terremoto, la manta había muerto en el suelo, sus pies estaban en la almohada y su cuello yacía en el aire. Levanté la persiana, coloqué su cabeza en el colchón y besé su frente. Hacía un día espléndido y les propuse pasar la mañana en el parque de El Retiro. Ellos accedieron encantados y emprendimos camino.

Llevaba unos bocadillos, un poco de pan duro para los peces y agua para pasar el día.

A Ainhoa le encanta la naturaleza, hablar con los pececillos mientras los alimenta con pan, David se lo pasa bien viéndola disfrutar.

El barco del lago navegaba a lo lejos y el sol, travieso, nos hacía cerrar los ojos. Ese sol, que a pesar del frío, te quema. Decidí que era el momento de la verdad. Primero dejé caer mi mano sobre los deditos de Ainhoa, acercándolos a mis labios, con mi otro brazo busqué los hombros de mi primer retoño, que aunque ya fuera un hombre, no dejaba de regalarme mimos. Sabía, que hoy más que nunca, debía dedicarle mi protección, ya que debía sentir a una madre fuerte. Fue precisamente él quién me dio pie para expresarles mi decisión.

—Mamá, ¿qué te pasa? Estás rara, ¿hay algún problema?

Fue entonces cuando me dispuse a relatarles las novedades, temiendo que no lo comprendieran.

—Quiero que escuchéis atentamente lo que os tengo que decir.

—Me estás asustando —David se temía algo.

—Ayer me enteré de que mi amiga, Tania Rivero, tiene una enfermedad muy mala y puede ser mortal. Este mal se llama ébola.

—¿Esta dolencia no viene de África? —puntualizó David.

—Sí hijo, así es.

—Pero eso es súper contagioso, con muchísima mortalidad.

—Lo sé —le contesté.

—¿Me quieres explicar dónde encajamos nosotros en esta historia? Tragué saliva y continué debatiendo con él.

—Hijos, espero que me entendáis y no me lo pongáis difícil. He hablado con Jaime, su marido. Está solo, su familia no va por miedo al contagio, solo me tiene a mí. Me ha pedido que no le desampare, que está anímicamente muy mal. Quiere que vaya cada día a visitarle.

No los puedo abandonar, porque son mi gente, les debo una lealtad, y porque mi corazón lo siente así. Hubo un silencio. A David le cambió la cara y Ainhoa observaba la situación. David estaba asimilando lo que le intentaba decir y no le gustaba nada.

—¿Me quieres decir que te vas a exponer a una enfermedad contagiosa por amistad? —preguntó David.

—No exactamente —le contesté—, lo haría por cualquiera si de mí dependiera, si estuviera sola, pero es que además son amigos y se añade este sentimiento tan especial.

—¿Y dónde están los principios con tus hijos? ¿Y dónde está nuestro dolor si te pasa algo? ¿Y qué será de Ainhoa sin ti? Dime, mamá, ¿dónde está el límite de los principios?

Me quedé sin palabras... Es tan difícil ser madre y predicar con el ejemplo. Siendo persona y a la vez teniendo que hacer cosas que no nos gustan. Pero debía salir airoso de aquella situación complicada.

—David, en la vida debemos ser generosos y a veces sacrificar parte de nosotros. Corremos riesgos, pero piensa por un momento que el ébola u otra enfermedad atacara a tu familia, por ejemplo a tu hermana, y tú estuvieras fuera o incapacitado por algo y no pudieras atenderla. ¿Te gustaría que alguien lo hiciera por ti? ¿Te gustaría que alguien así existiera para tu hermana?

David se quedó callado y pensativo, y entonces fue Ainhoa la que habló:

—Mamá, si yo tengo hambre y no como por no engordar, no es un principio, es un problema de salud, ¿no?

—Sí, cariño.

—Y si tú enfermas por ayudar a alguien, eso no serían principios, sino salud.

¡Jooo!, mi hija me había dejado KO. ¿Cómo salía yo de esta ahora?

—A ver... Si yo pongo las medidas necesarias y tomo los consejos necesarios para que eso no ocurra, podré llevar a cabo esos principios sin que peligre mi salud. Estad tranquilos, hijos.

De regreso a casa, casi ya anocheciendo, todo era silencio. En el ambiente reinaba la crispación por lo acontecido. David apoyaba su frente en el cristal del autobús y sus brazos se entrelazaban entre sí, como diciendo que no compartiría el abrazo con nadie, que estaba enfadado

con el mundo y, sobre todo, conmigo. Yo sabiéndolo y conociéndolo, opté por esperar a que se le pasara. Era inútil, cualquier acercamiento empeoraría las cosas.

El autobús frenó en seco en un semáforo. Mi hija eso lo llevaba mal, desde niña los frenazos la ponían muy nerviosa; cualquier sorpresa o ruido inesperado la desestabiliza, y David, conociéndola, le pasó el brazo por el hombro para evitar el balanceo que su espalda hace cuando se altera.

Por fin llegamos a casa, cansados y un poco tristes. A mis hijos les costaba aceptar mi decisión y sabían que era irrevocable. Picamos algo y nos fuimos a descansar. Había sido un día muy largo y cansado. Me metí en la ducha y regué mi cara con el agua fresca que manaba de la alcachofa, sacudiendo mi cara y rociando de gotas la pared... ¡Uf!, necesitaba refrescarme la piel y las ideas para no volverme loca.

Deslicé mi cuerpo entre las sábanas. ¡Ay!, qué a gusto, sola conmigo misma, sin reproches de nadie. Apagué la luz, cerré los ojos, y cuando Morfeo empezaba a mecer mi cerebro, ¡no puede ser!, el teléfono sonando, ¿quién sería ahora?

Somnolienta, intenté alcanzar el auricular pero mi torpe brazo lo lanzó al suelo. Intenté cogerlo y me enrollé en las sábanas y terminamos los dos en las baldosas, el teléfono y yo.

—¿Diga?

—Hola Teresa, ¿cómo estás? Necesito hablar.

No contesté todavía. Le noté más calmado que la vez anterior y preferí que hablara.

—Oír tu voz ayer me serenó, me hiciste estar en compañía. Tengo ganas de verte, de sentir algo vivo en esta habitación del infierno.

—No digas eso. Entra el personal sanitario, ellos son personas.

—Son grandes desconocidos para mí, puedo sentir el miedo en sus cuerpos y cómo tiemblan. Pasan como rayos e intentan estar el menos tiempo posible.

—Jaime, a lo mejor no es solo miedo al contagio, es miedo a tu seriedad. No saben qué decirte en estos casos. Dime cielo, ¿cómo está Tania?

—Mal, muy mal; pero dentro de eso, estable.

—Ella es una luchadora, saldrá adelante, es una gallega fuerte.

—No sé, Teresa, se complica la cosa. Tiene tocados casi todos los órganos.

—¿Cómo estás tú?

—¿Qué quieres que te diga? Estoy mal, rabioso, y no me puedo creer lo que me está pasando. Que han matado a Scooby. ¡¡Asesinos!! Y que mi mujer se está muriendo por ellos.

—Cálmate, así no arreglas nada, los culpables se buscan después, si es que los hay, ahora tenemos que salir de esta. Esto no es fruto de unas mentes despiadadas, Jaime, quizás haya habido errores, pero nadie es eso que dices. Tranquilízate, ese pensamiento te daña.

Jaime dio un grito de desesperación mientras su boca decía palabras irrepetibles por su dureza. Dejó que se desahogara, sabía que cuando se calmara hablaría desde la serenidad, no desde la impotencia.

—Teresa, no me cuelgues por favor.

Empezó a llorar otra vez. Esto se le había hecho grande, y yo ahora solo podía ser su pañuelo.

—Vamos a hacer una cosa, Jaime, estírate en la cama.

—No me dejes. ¡Nooo!

—¿Qué no te voy a dejar! Voy a estar contigo hasta que te duermas. Relaja la respiración. Yo estoy aquí, cielo, y no me iré hasta que el sueño te venza. Así, tranquilo...

—Gracias, me encuentro tan bien ahora. ¡Teresa!, ¡Teresa!, se sobresaltó.

—Psss... Tranquilo, estoy aquí contigo, no voy a dejarte solo.

Su respiración se hizo profunda y adiviné que se había quedado dormidito.

Colgué con sigilo y me dispuse a descansar yo también, aunque con tantos cambios el sueño se me había ido.

Cerré los ojos. ¡Qué curioso!, venía a mi memoria el día que conocí a Tania. Iba con unos vaqueros, una camisa blanca y con la cara lavada, pues no era dada al maquillaje. ¡Tenía tanta vida! Una mujer tímida, de pocas palabras, pero entrañable, cercana... Con una mirada suya no te hacía falta más. Era esa mujer de pueblo que te da ganas de apretujarla porque es noble y buena. Y ahora, ¡Dios mío!, se nos iba.